



«De vuelta al redil».

SALON KODAK, 1925

Gómez Arenzana.

En el libro de la memoria, sin embargo, no hay hojas que desperdiciar; debe borrarse lo remoto para escribir en su lugar lo reciente. Los recuerdos pasados son hojas desprendidas en otoño del árbol de la memoria.

Esta deficiencia de la memoria humana hizo nacer la costumbre de llevar un «Diario de memorias», en el que al final de cada jornada cada uno se esforzaba por reproducir con la mayor fidelidad posible sus impresiones. Con ello sólo se conseguía emborronar páginas y malgastar, encerrados en una habitación más o menos ventilada, un tiempo precioso que, por razones de salud, debía pasarse al aire libre; por lo que al darse cuenta de ello la generalidad acababa por no ocuparse más de su Diario, el que quedaba reducido a las más pobres pro-

porciones, y, naturalmente, de los más felices instantes de la vida de su autor, no quedaban sino muy pocos recuerdos, y en la generalidad de los casos, por desgracia, bastante confusos.

Hubo personas, sin embargo, a quienes no desanimó aquella decepción del Diario, y para rescatar sus recuerdos del abismo del olvido, adoptaron los álbums de tarjetas postales, cuyo principal defecto es el de no reproducir la escena tal como nuestros ojos la vieron.

El aficionado a la fotografía, en cambio, cuenta con sus álbums de fotografías hechas por él mismo, las que constantemente le hablan de los lugares que visitó, de las personas que conoció, de las cosas que hizo.

¿Puede darse diario de la vida, más fiel que un álbum de bellas